

# Históricas Digital

“Luis G. Cuevas”

p. 659-666

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas\\_problemas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Luis G. Cuevas

659

### Datos biográficos

Luis Gonzaga Cuevas nació en Lerma (Estado de México) en el seno de una familia criolla y aristocrática. Estudió en San Ildefonso la enseñanza media y se graduó de abogado en la Universidad Pontificia Mexicana. En 1825 entró al servicio del Ministerio de Relaciones Exteriores y en riguroso proceso escalafonario culminó su carrera diplomática, con gran éxito, como encargado de negocios en Prusia y después en Inglaterra y Francia. En París frecuentó la casa de don José Gómez de la Cortina, conde de la Cortina, y se casó con una de las hijas de este prócer mexicano. El general Anastasio Bustamante, entonces en el exilio europeo, conoció a Luis Gonzaga Cuevas y admiró sus excepcionales dotes de diplomático tenaz, convincente y persuasivo. Cuando don Anastasio fue presidente de México, lo nombró ministro de Relaciones en dos ocasiones (del 22 de abril al 26 de octubre de 1837 y del 10 de enero al 13 de noviembre de 1838). Dada la intransigencia francesa, y pese a sus esfuerzos, no pudo evitar la llamada “guerra de los Pasteles”. La *Memoria* ministerial de 1838 revela sus temores ante Estados Unidos y llama la atención del país ante los preparativos intervencionistas de éstos en un futuro inmediato. Bajo la presidencia del general José Joaquín Herrera volvió al Ministerio de Relaciones Exteriores (del 7 de diciembre de 1844 al 12 de agosto de 1845) y en nueva *Memoria*

(1845), denunció nuevamente la política expansionista y anexionista de la Unión Americana. Ocupada la capital de México por las tropas estadounidenses partió el gobierno, y con él nuestro diplomático, a Querétaro, y como ministro plenipotenciario, en unión de los señores Couto y Atristain, convino con los agresores (Trist *et al.*) el Tratado de Paz, firmado en la villa de Guadalupe Hidalgo. Herrera lo llama de nuevo a colaborar con su gabinete, vuelve al Ministerio de Relaciones Exteriores (del 15 de noviembre de 1848 al 2 de mayo de 1849). La *Memoria* que entonces redacta es un valioso y patético documento donde expone sus consideraciones sobre las causas de la guerra y de la derrota, y hace un patriótico llamamiento a la concordia entre todos los mexicanos. A la caída de Herrera forma parte del Senado de la República y con posterioridad participa en el Consejo de Estado recientemente establecido. Recopila sus *Memorias*, diario y documentos públicos y comienza a redactar el *Porvenir de México*. Con el triunfo del Plan de Tacubaya (17 de diciembre de 1858) y el nombramiento como presidente interino de la república del general Félix Zuloaga, asume por quinta ocasión la Secretaría de Relaciones Exteriores (9 de julio de 1858) y defiende la integridad del territorio nacional del insaciable apetito de tierras por parte de los Estados Unidos y, pues, de su agente diplomático Forsyth. Triunfantes los liberales al término de la guerra de Tres Años (1858-1860) es enjuiciado y él mismo realiza su brillante y valerosa *Defensa* ante el Tribunal Superior de Justicia, admirable pieza jurídico-política en los anales de la jurisprudencia mexicana. Con el imperio de Maximiliano, se resiste a formar parte de la Junta de Notables al igual que poco antes había rechazado participar en la Regencia del Imperio. Este patriota y político conservador de tendencia moderada, arruinado económicamente, vivió sus últimos años casi en la indigencia; dejó como herencia a su país, además del *Porvenir de México*. *Juicio sobre su estado político en 1821 y 1851*, un amoroso y limpio patriotismo y una ejemplar e indesmayable constancia diplomática frente a los embates del exterior. Luis Gonzaga Cuevas murió en la ciudad de México, angustiado no sólo por su tránsito sino por el destino más que dudoso de la patria.

### *Porvenir de México*

Se imprimió por primera vez a mediados del siglo XIX en la imprenta del benemérito impresor don Ignacio Cumplido, apareciendo en secuencia progresiva el libro primero en 1851; el segundo en 1852, el tercero, incluido en él

un apéndice, en 1857. Don José Joaquín Pesado, quien dirigía el periódico *La Cruz*, publicó en sus números 15, 22 y 29 de octubre, 6 y 2 de noviembre, y 10, 17 y 24 de diciembre de 1958, el libro quinto. En 1933 el diario *La Palabra* publica una nueva edición en papel y tipografía deleznable, que es considerada como la segunda del *Porvenir de México*. La tercera, la de Luis Cuevas Cancino, fue publicada en 1954 por la Editorial Jus, con facsímiles de manuscritos y nuevas adiciones documentales, además de un excelente prólogo del editor. La cuarta edición es copia fiel de la anterior, lleva el calce editorial del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y sustituye el prólogo de Cuevas Cancino por el de Juan A. Ortega y Medina.

Referencias bibliográficas sobre el autor del *Porvenir de México* se encuentran en los dos prólogos indicados; asimismo, Enrique Cárdenas de la Peña, doctor en Medicina e historiador, ha publicado un gran volumen: *Tiempo y tarea de Luis Gonzaga Cuevas* (México, 1982), edición donde se estudia con atinencia y penetración la vida y obra de Luis Gonzaga Cuevas.

## Trasfondo histórico

Habiendo nacido Luis Gonzaga Cuevas el último año del siglo XVIII o, según otras fuentes impresas, el primero de la centuria siguiente, significa que tenía entre diez u once años cuando don Miguel Hidalgo dio su famoso “grito”; entre veinte o veintiuno, cuando Iturbide proclamó el Plan de Iguala; cuando tendría treinta o los cumpliría, aconteció el motín de La Acordada y el saqueo del Parián y del Portal de Mercaderes; en fin, que fue testigo de los grandes acontecimientos y catástrofes históricas del país, que son las que se reflejan, si no todas cuando menos las que más lo afectaron, en el *Porvenir*. Es vivo testimonio, activo y pasivo, de los dinámicos cambios históricos de México en la primera mitad del siglo XIX, y todos sus desesperados intentos consisten en encauzarlos mediante la concordia forzosa de los partidos políticos contendientes y de los ciudadanos más representativos de las tendencias en pugna y de la fratricida lucha por el poder, que ciega a todos y les impide ver la amenazadora tormenta que se fraguaba en el septentrión protestante y anglosajón que descargaría en México en los momentos precisos de nuestra máxima debilidad política provocada por las sangrientas discordias. Éste es el contenido y mensaje del *Porvenir de México*, como vamos a apreciar a continuación en el examen de la obra de este historiador.

## Análisis crítico

Luis Gonzaga Cuevas entrega al lector de su tiempo, y por extensión historiográfica al de nuestra época, sus boecianas meditaciones y reflexiones políticas recogidas en su *Porvenir de México*, que no constituye estrictamente un texto de historia ni tampoco unas memorias políticas justificadoras del éxito o del fracaso de los dirigentes de la nación mexicana, a partir del Plan de Iguala, en el manejo de la *res publica*, sino el dramático testimonio de un mexicano representativo, experimentado en extremo en la difícilísima resolución de los problemas diplomáticos nacionales enfrentados al mundo exterior, que observa con angustia y desesperanzado pesimismo cómo la nación recién independizada se desintegra inexorablemente en una sangrienta y destructora guerra civil que la deja exhausta y a merced de las ambiciones provenientes de fuera. En un párrafo esencial del apéndice III indica el autor en qué consiste la tarea del historiador: en conocer y analizar los cambios que sufre el mundo a consecuencia de la bondad e imperfección de sus leyes, o de las virtudes o vicios de los hombres que lo gobiernan. Los pueblos –prosigue– en su autoanálisis, al igual que los hombres, pasan por pruebas que cuando son conocidas explican el pasado y anuncian el porvenir. Cuevas, al considerar los acontecimientos clave del México independiente, fija su atención en el más decisivo e inicial de la secuencia histórica: el Plan de Iguala, que conciliando intereses aportó la gloria inmarcesible de la independencia o máximo bien de la joven nación.

Lo que históricamente había ocurrido tras haberla alcanzado con derroches de heroísmo, y lo que seguía desgraciadamente ocurriendo, la violación de los tres aportes básicos, imprescindibles y equilibradores, ponía en peligro el futuro de la nación que el “Libertador” había emancipado y sustentado sobre su genial concepción del plan trigarante. El rechazo y ruina de tan luminosa cuanto útil concepción política iturbidista había provocado el caos, la anarquía y el desbarajuste de la nueva administración. Toda la estructura nacional se tambaleaba y amenazaba hundir con ella al país. Cuevas, y con él muchos mexicanos de su tiempo, sienten vivir el final de una época y el comienzo incierto de otra, cuyas señales no aciertan correctamente a interpretar. La confusión provocada hizo que los mexicanos vivieran por entonces a base de ilusiones e imitaciones extrañas (p. 384); es decir nepantlas, entre lo real y lo imaginario.

Machacona, reiterada y repetitivamente sale en defensa del plan de Iturbide pues lo considera garantía de la paz, de la unidad y de la religiosidad

católica cohesiva de los mexicanos y de su independencia; pero su apología iturbidista no lo ciega hasta el punto de no subrayar y censurar los errores de su héroe, para salvaguardar la verdad, sin exhibirlo no sólo a él, sino a otros cuya actividad política analiza con detenimiento (Victoria, Bustamante, Guerrero, Pedraza, Santa Anna y Gómez Farías) en la picota escarnecedora. Porque Cuevas es un hombre bien nacido, conservador moderado, que reconoce la dignidad y honestidad de los representantes de la nación en tanto que entes individuales; pero incoherentes y faltos de madurez intelectual como políticos, de aquí sus desaciertos. Para él existen dos Iturbides: el héroe de Iguala es uno; el otro, el contrahéroe emperador, que accede al solio imperial sin caer en la cuenta de que la mejor solución, la que flotaba en el aire de las ideas liberadoras procedentes de Francia y de los Estados Unidos, era la republicana; sin embargo, considera que Iturbide recobra su marchitada grandeza cuando renuncia a la corona para evitar la renovación de la guerra civil. También hay para Cuevas dos Bustamantes: el positivo, que enderezó con mano hábil y fuerte el rumbo torcido de la inexperta política nacional, y el negativo que no hizo lo que debiera haber hecho una vez investido como timonel de la nave del Estado: primero, legalizar su nombramiento declarando públicamente: “no soy legítimo, pero soy necesario” (p. 355): segundo, hacer presentes sus buenos servicios a la nación y exonerándose de su culpa:

He salvado, sin embargo de mis faltas y de los grandes errores que he cometido, la dignidad nacional; he sido fuerte contra mis enemigos, y la primera exigencia de la República, poder y unidad, la he satisfecho contra los hombres, y los ataques más rudos responden de mi conducta y de que con la conservación del orden que he proclamado están defendidos todos los intereses y todos los ciudadanos [p. 387].

La hábil ventriloquia de Cuevas no deja de ser un arbitrio literario, mediante el cual pone en boca de Bustamante los remedios que él consideraba justos, necesarios y urgentes para la felicidad de la República: unidad y orden.

La ecuanimidad es patente en sus críticas: censura al político en su des-gobierno, pero no al hombre que falla a consecuencia de su ignorancia e im-preparación, debida sobre todo a la molicie y al mimo que caracterizaban la educación criolla. Los 13 puntos del programa (p. 95) que Cuevas pensó que Iturbide debería haber llevado a cabo desde el momento en que tuvo el poder

en sus manos constituían una empresa política para un Cromwell; mas no para un audaz y valiente militar tan limitado como su héroe, y tan ajeno además a la comprensión del momento crucial crítico que el mundo euroamericano en general y el hispanoamericano en particular estaban viviendo. Sobre el primer presidente de la república, Guadalupe Victoria (José Miguel Fernández Félix), comenta Cuevas su habitual carácter indolente que lo llevó a pensar que lo mejor para su política de gobierno era contentar a todos y mantener al mismo tiempo el equilibrio, con lo que confundía lamentablemente el respeto debido a la Constitución con la simpatía y aprecio por su persona (p. 221). Su divisa –prosigue Cuevas– “fue permitirlo todo y no proveer nada, convirtiendo así a su gobierno en un pelele” (p. 222). El pronunciamiento del coronel Manuel Montañó, secundado por el general Bravo, la conspiración del semienajenado padre Joaquín Arenas y el motín de La Acordada muestran claramente que la tranquilidad que se había disfrutado era engañosa y que la política conciliadora de Victoria había fracasado (p. 267). El autor no se ensaña tampoco con el “ilegal” presidente Vicente Guerrero, antes bien lo respeta y compadece porque éste “conocía sus limitaciones, pero tenía la virtud de saber que cualquiera que fuese su aptitud, respetaría siempre la desgracia ajena y nunca propondría medidas que pudieran enconar y encender más las pasiones” (p. 333). El alevo asesinato de Guerrero es condenado por Cuevas, el cual, como en el caso del fusilamiento de Iturbide, manifiesta su execración contra los violadores del privilegio de inmunidad de que estaban revestidos ambos por haber encarnado la suprema representatividad de la nación. Fustiga el despojo electoral que sufrió Manuel Gómez Pedraza, pero deplora la conducta de éste puesto que huye y renuncia a lo que era irrenunciable.

Al enjuiciar a Santa Anna se le va ligeramente la mano porque la comedia de errores que representa el joven héroe de Tampico le causa enojo y justifica su ironía de censor, pues habiendo movilizado aquél la opinión popular e invocado la nulidad de la elección de Gómez Pedraza, recurría de nuevo al procedimiento para, en oposición a Bustamante, restituir el orden constitucional y reconocer al desposeído como presidente. Proceder incongruente que trae consigo la incongruencia mayor del restituido, quien al recibir los títulos que Santa Anna le había quitado lo sahúma con un discurso en el que lo aclama como “libertador del país, como soldado del pueblo, y como el hijo de la fortuna y de la victoria” (p. 389). El pronunciamiento contra el gobierno piccalugano y la restitución de Gómez Pedraza a su efímero cargo presidencial

preparaban la marcha triunfal del maquiavélico Santa Anna, es decir su escalada al poder. Cuevas subraya para más escarnio que el propio general triunfante reconocería, pasados los años, “que el mayor mal que [hizo] a su patria fue el alzamiento [1832] de Veracruz” (p. 389).

No desconoce el crítico el pernicioso influjo ejercido por Joel Roberts Poinsett y sabe de sus intrigas y actividades masónicas, así como su papel de atizador de la discordia nacional (p. 236); pero también es justo cuando nos aclara que, considerado el desconcierto político del país, el ministro plenipotenciario de Estados Unidos fue “menos culpable del daño que todos le atribuían a su influencia” (p. 283).

Y a propósito del motín de La Acordada, en el que Poinsett tuvo más que probada injerencia, sugiere que el diplomático norteamericano obtuvo con sus maniobras subterráneas un triple éxito: la destrucción del comercio español tras el saqueo del Parián y del Portal de Mercaderes; la expulsión, como remate, de los peninsulares y la imposibilidad de hacer funcionar el Congreso de Tacubaya, cuyos delegados tuvieron que retirarse a sus respectivos países, pues el gobierno mexicano no pudo atender al compromiso contraído, dado el caos en que se encontraba la ciudad, lo cual impidió el pago de sus sueldos a través de la tesorería mexicana.

Mucho antes que Rodó y otros sudamericanos denunciasen la nordománia imitativa y admirativa de los hispanoamericanos por los éxitos republicanos de los Estados Unidos, Luis Gonzaga Cuevas llamó la atención sobre este peligroso espejismo, y oponiéndose a la novedosa tendencia liberal de su tiempo proclamó la superioridad cultural y espiritual de nuestro pueblo sobre el materialista y protestante anglosajón, cuya historia, de signo casi exclusivamente monetario, no podía compararse con el magnífico pasado indio ni con el novohispano del México independiente.

Por último, hay que señalar que hoy día, a muchos años de distancia de la enconada lucha entre liberales y conservadores, la cual ensombreció al México de buena parte del siglo XIX, y ya algo más liberados de los partidismos y partidarismos apasionados y maniqueos, podemos con más calma y serenidad reconocer y sopesar que junto a la grandeza y acendrado patriotismo de la generación liberal vencedora, podemos poner la dignidad y el amor entrañable a la patria de los conservadores vencidos. Estudiar los libros y justificaciones políticas clave de unos y de otros nos ayudará a entender nuestro agitado siglo XIX y a comprendernos nosotros mismos. Por otra parte, la lectura, hoy, del





*Porvenir de México* nos hace recelar del interesado reclamo político que clasifica a todo el conservadurismo decimonónico como estático, representante intransigente a machamartillo del pasado y por ende antimodernista a ultranza. La reflexión del lector sobre las *Memorias defensivas* de 1838, 1845 y 1849 le revelan a un conservador abierto a las renovaciones políticas de la nueva época, y a un opugnador sin descanso frente a los antagonistas acelerados que pretendían hacer tabla rasa del pasado y acabar con las tradiciones de la raza mestiza, de su lengua, de su religión y del amor y del respeto al hogar y a la familia.